

Capítulo 1

1870

Edimburgo, Escocia.

La mañana de la boda hacía un día claro y agradable. El brillante cielo azul de Escocia se cernía sobre Edimburgo. La brisa era cálida y el aire estaba lleno del frescor de la primavera. La plaza estaba en silencio, ni un solo ruido estridente interrumpía la serenidad de una mañana tan fortuita. Hasta el sol brillaba con fuerza dando su aprobación a las nupcias del Conde de Lorne y Miss Davina McLaren.

La novia se encontraba junto a la ventana contemplando la mañana. Su emoción predominante no era ni la anticipación ni el miedo. Davina McLaren estaba sumamente irritada.

Su tía, la mujer que había orquestado este fiasco de matrimonio llevaba ausente los tres últimos días. Precisamente cuando la frenética actividad de las modistas llegaba a su punto más insoportable, Theresa tomó un tren a Londres. Justo cuando Davina necesitaba el consejo de una mujer, su tía estaba inexplicablemente ausente. Finalmente, Theresa había llegado a casa la noche anterior y, alegando estar agotada, prometió dar explicaciones por la mañana.

Sin embargo, esa no era la principal fuente del enfado de Davina: aún no había conocido al novio. A estas alturas de modernidad se la estaba tratando con la misma consideración con la que se trataría a un mueble. «¿Le gustaría quedarse con esta silla, señor conde? Ha formado parte de nuestra familia durante algunos años, pero es suya si la quiere».

Qué insultante.

Ninguna de sus amigas o conocidas se había casado en las mismas circunstancias. Todas y cada una de ellas conocía al marido, o bien porque eran conocidos desde hacía años, o porque los padres de la novia se habían esforzado en hacerla partícipe de sus decisiones de futuro. Aunque bien pensado, la mayoría de sus amistades habían tenido prohibido hablar con ella durante el último año.

Si hubiera recibido invitaciones para bailes, cenas u otros entretenimientos, ¿habría podido elegir al hombre que ya era su futuro marido de entre los asistentes? ¿O era cierto que era un ermitaño? Vaya una pareja. Ella, a quien habían prohibido la compañía de la sociedad y el Conde de Lorne, que la rehuía por propia voluntad.

¿Debía entonces buscar un hombre cuya belleza rivalizara con el diablo? ¿Qué había hecho para ganarse tal apodo? El Diablo de Ambrose. Tendría el pelo negro, sin duda. Y quizá unos penetrantes ojos negros. ¿Una sonrisa malévola, quizá? ¿La nariz grande y la barbilla afilada? Seguramente tenía las orejas salidas y puntiagudas. Davina no podía evitar intentar imaginarse el aspecto que tendrían sus hijos. Hijos. Santo Dios. Hijos. Esta misma noche, su noche de bodas, se suponía que debía desvestirse en presencia de un extraño y permitir que le hiciera eso.

Gracias a Alisdair y su propia estupidez, Davina sabía perfectamente qué se esperaba de ella en su noche de bodas. Alisdair Cannemot, aventurero, experto en mujeres y en despojar a inocentes de su bien más preciado. Aunque

quizá eso no fuera del todo correcto. Si él le había arrebatado algo, había sido con su colaboración. Ella se había dirigido a su perdición armada con su curiosidad y no poca anticipación y ahora su curiosidad se veía reemplazada rápidamente por una realidad bastante alarmante.

Davina se equivocaba al asignarle a Theresa la culpa por este matrimonio. Aunque era cierto que su tía había aceptado inmediatamente la oferta que le hizo el abogado del conde, también era cierto que Davina se encontraba en la más absoluta y despreciable ruina y esta era probablemente la única oferta que iba a recibir. La posibilidad de convertirse en una solterona era casi tan desconcertante como la de casarse con un hombre al que no conocía y al que no había visto jamás.

No, ella misma era quien debía cargar con la responsabilidad de este matrimonio. El remordimiento era una emoción muy extraña para el día de su boda, pero puede que fuera mejor sentir remordimientos que miedo.

Su tía irrumpió en la habitación con inusitada agitación. Theresa Rowle tenía unos ojos azules como el cielo de Escocia, el pelo tan rojo como la sangre que se había derramado por él y el temperamento de un cacique de clan atrapado en el cuerpo de una voluptuosa mujer. El rostro sereno que le ofrecía al mundo enmascaraba una voluntad de hierro: un hecho que Davina podía atestiguar.

—Ahí estás, Davina —dijo—. Debemos darnos prisa.

Davina ignoró la segunda parte de la frase a favor de la primera.

—¿Dónde esperabas que estuviera, Tía? ¿Pensabas que me iba a escapar?

Su tía se detuvo y la miró como si no la hubiera visto jamás.

—¿De qué estás hablando, joven? El tiempo pasa y debemos preparar tus baúles. He recibido un mensaje del conde. Desea que celebremos la boda en Ambrose.

Theresa empezó a dirigir a las criadas que la habían seguido a la habitación con una serie de gestos de la mano, frunciendo la boca y agitando la cabeza mientras ignoraba a Davina como si esta fuera un mueble. ¿Una silla, quizá?

Davina se cruzó de brazos y se preguntó cuánta rebelaría toleraría su tía. Se sentía como si todo el mundo hubiera cargado contra ella, pero, al menos en esta circunstancia, ¿no debería poder participar en la decisión?

—¿No es eso muy precipitado? Todo está organizado. Los invitados ya han sido avisados. ¿Esperas que todos se trasladen a Ambrose con tan solo unas horas de preaviso?

Theresa hizo un gesto con la mano a las sirvientas y al instante estas desaparecieron de la habitación.

—¿Pensabas que te iban a perdonar con tanta facilidad, Davina?

¿Era lástima eso que veía en los ojos de su tía?

—¿No aceptó nadie la invitación? —preguntó Davina.

En lugar de contestar directamente, Theresa sonrió. Sin embargo, era una expresión más sombría que alegre.

—Es bueno que nos hayan convocado en Ambrose, Davina. Nos ahorrará el bochorno de tener que celebrar una boda en una iglesia vacía.

Al ver que Davina no decía nada, ella continuó hablando.

—A la gente le encantan las historias, Davina. Tú les has proporcionado una que no solo es entretenida, sino que les ofrece una lección que enseñar a sus hijas.

¿Qué podía responder a eso? Desafortunadamente, su tía había dicho la verdad.

—Deberías alegrarte por esta unión, Davina. Y por el hecho de que el Conde de Lorne esté tan desesperado por conseguir una esposa que esté dispuesta a pasar por alto tu reputación.

Todo el mundo conocía la historia del Conde de Lorne. Un diplomático con un futuro prometedor, decían. Un genio para tratar con situaciones difíciles al que ha-

bían enviado a China en una misión de la Corona. Pero algo terrible le había ocurrido y desde entonces se había convertido en un ermitaño.

—¿No has oído los rumores que corren sobre él?

El rostro de su tía adquirió una expresión muy seria.

—Yo no escucho esas cosas, Davina. Y te recomiendo que tú tampoco lo hagas.

—¿Quieres decir que no es culpa suya haberse ganado un apodo tan horrible?

—¿Cuál es ese apodo?

—Diablo.

Theresa se encogió de hombros.

—Tía, ese hombre es todo un misterio y no se le ha visto en compañía decente desde que volvió de China. ¿No te causa eso la más mínima preocupación?

—No tanta preocupación como gratitud, Davina. Te has creado una situación muy difícil a ti misma. No tienes fortuna ni hombres en la familia que defiendan tu causa. Lo único a lo que puedes aspirar es a ser una solterona vieja y a que te señalen las madres de Edimburgo. A no ser, por supuesto, que te conviertas en la Condesa de Lorne. Un título nobiliario y una fortuna ayudan mucho a la hora de limpiar una reputación.

Theresa se dirigió rápidamente hacia la puerta, la abrió e hizo entrar a las sirvientas.

—Tía, ¿al menos tú estarás presente? ¿O te vas a quedar atrás por algún motivo?

La tía parecía sorprendida por la pregunta. De pronto sonrió.

—Ya sé cuál es el motivo de todo esto, Davina. Estás nerviosa y eso es de prever. Quizá fuese de provecho que habláramos sobre lo que debes esperar del matrimonio.

Davina empezó a sacudir la cabeza y, tomando prestado uno de los gestos que su tía usaba tan a menudo, levantó la mano.

—Por favor, Tía, no será necesario. No estoy más nerviosa de lo que lo estaría cualquier otra mujer por casarse con un extraño. Pero, ¿por qué no ha venido a Edimburgo a conocerme? ¿O por qué no nos invitó a ir a Ambrose antes para que nos pudiéramos familiarizar el uno con el otro?

La tía colocó las manos sobre sus caderas y le frunció el ceño a Davina.

—Te vas a casar con el Conde de Lorne, Davina. No con un cualquiera. Fue el agregado del embajador en Stuttgart, Lisboa y París. En 1858 fue el secretario de Mr. Gladstone durante su misión en las Islas Jónicas. Consiguió el rango de teniente coronel estando al servicio del Segundo Batallón de la Reina Victoria de Aberdeen. Hace tres años fue investido Compañero de la Orden de San Miguel y San Jorge. El hombre es una leyenda.

—Tanto, tía Theresa, que la gente no cesa de hablar de él.

Theresa le frunció el ceño.

—En ese caso haréis buena pareja. La gente tampoco puede parar de hablar de ti.

El silencio se alargó. Momentos salpicados por el crujido de la seda, el cierre de la tapa de un baúl, una llave cerrando un cerrojo. Finalmente Davina asintió; sabía que discutir con su tía no tenía sentido. Su padre le había dejado poco más que la casa y las ganancias de la venta no habían durado mucho. Tenía que pensar en su futuro y ella misma había provocado la triste naturaleza del mismo.

Atrapada entre los cuernos de la lógica. Si su padre hubiera estado vivo, él habría sonreído y se habría golpeado la nariz con el dedo para indicarle a Davina que Theresa tenía razón. Quizá era afortunada de que alguien quisiera casarse con ella. Un sentimiento de estrechez en la garganta le impedía hablar.

—Así que voy a ser la novia del diablo.

Su tía se rió. Una risa tintineante como una pequeña campanilla que había cautivado a sus abundantes admiradores.

—Qué apelativo tan tonto. No es así, mi querida niña. Vas a ser la Condesa de Lorne.